

piritu de Cristo se ayunta con la esencia del alma, y comienza á ejecutar su virtud en ella, abrazándose con ella, sin que ella lo sienta ni entienda. Y reposa allí como metido en el centro de ella, como dice Isaias: (Isaias cap. xii, v. 6.) *Regocijate, y alaba, hija de Sión, porque el Señor de Israel está en medio de ti:* y reposando allí, como desde el medio derrama los rayos de su virtud por toda ella, y la mueve secretamente, y con su movimiento de Él, y con la obediencia del alma á lo que es de Él movida, se hace por momentos mayor lugar en ella, y más ancho y más dispuesto aposento.

Más en las luces de la oración, y en sus gustos, todo su trato de Cristo es con las potencias del alma, y con el entendimiento, con la voluntad y memoria, de las cuales á las veces pasa á los sentidos del cuerpo, y se les comunica por diversas y admirables maneras, en la forma que les son posibles aquestos sentimientos á un cuerpo. Y de la copia de dulzores que el alma siente, y de que está colmada, pasan al compañero las sobras. Por donde estas luces ó gustos, ó este ayuntamiento gustoso del alma con Cristo en la oración, tiene condición de relámpago: digo, que luce, y se pasa en breve. Porque nuestras potencias y sentidos, en cuanto esta vida mortal dura, tienen precisa necesidad de divertirse á otras contemplaciones y cuidados, sin los cuales ni se vive, ni se puede, ni debe vivir. Y júntase también con esta diferencia otra diferencia, que en el ayuntamiento del Espíritu de Cristo con el nuestro, que llamamos nacimiento de Cristo, el Espíritu de Cristo tiene vez de alma respecto de la nuestra, y hace en ella obra de alma moviéndola á obrar como debe en todo lo que se ofrece, y pone en ella ímpetu para que se menea, y así obra Él en ella, y la mueve, que ella ayudada de Él obra con Él juntamente: mas en la presencia que de sí hace en la oración á los buenos por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma y sus potencias reposan, y él solo obra en ellas por secreta manera un reposo, y un bien que decir no se puede. Y así aquel primer ayuntamiento es de vida, mas este segundo es de deleite y regalo: aquel es el ser y el vivir, aqueste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe vivienda y estilo de Dios el alma, aquí gusta algo de su bienandanza: y así aquello se dá con asiento, y para que dure, porque si fal-

ta no se vive; mas esto se da de paso, y á la ligera, porque es más gustoso que necesario, y porque en esta vida, que se nos da para obrar, este deleite, en cuanto dura, quita el obrar, y le muda en gozar. Y sea esto lo uno. Y cuanto á lo segundo que decía, digo de esta manera:

Cristo nace en nosotros, cuando quiera que nuestra alma, volviendo los ojos á la consideración de su vida, y viendo las fealdades de sus desconciertos, y aborreciéndolos, y considerando el enojo merecido de Dios, y doliéndose de Él, ansiosa por aplacarle, se convierte con fe, con amor, con dolor á la misericordia de Dios, y al rescate de Cristo. Así que Cristo nace en nosotros entonces. Y dicese que nace en nosotros, porque entonces entra en nuestra alma su mismo Espíritu, que en entrando se entraña en ella, y produce luego en ella su gracia, que es como un resplandor, y como un rayo que resulta de su presencia, y que se asienta en el alma, y la hace hermosa. Y así comienza á tener vida allí Cristo, esto es, comienza á obrar en el alma y por el alma, lo que es justo que obre Cristo. Porque lo más cierto, y lo más propio de la vida es la obra. Y de esta manera el que es en sí siempre, y el que vive en el seno del Padre antes de todos los siglos, comienza como digo, y cuando digo, á vivir en nosotros: y el que nació de Dios perfecto y cabal, comienza á ser en nosotros como niño. No porque en sí lo sea, ó porque en su Espíritu, que está hecho alma del nuestro, haya en realidad de verdad alguna disminución, ó menoscabo (porque el mismo que es en sí, ese mismo es el que en nosotros nace tal y tan grande) sino porque en lo que hace en nosotros se mide con nuestro sujeto. Y aunque está en el alma todo Él, no obra en ella luego que entra en ella, todo lo que vale y puede, sino obra conforme á como se le rinde, y se desnuda de su propiedad: para el cual rendimiento y desnudez Él mismo la ayuda, y así decimos, que nace entonces como niño. Mas cuanto el alma movida y guiada de Él, se le rinde más, y se desnuda más de lo que tiene por suyo; tanto crece en ella más cada día, esto es, tanto va ejecutando más en ella su eficacia, y descubriéndose más, y haciéndose más robusto, hasta que llega en nosotros, como dice San Pablo (Ad Ephes. cap. iv, v. 13.) á *edad de perfecto varón, á la medida de la grandeza de Cristo:* esto es,

hasta que llega Cristo á ser, en lo que es y hace en nosotros y con nosotros, perfecto cual lo es en sí mismo.

Perfecto, digo, cual es en sí, no es igualdad precisa, sino en manera semejante. Quiero decir, que el vivir y el obrar que tiene en nuestra alma Cristo, cuando llega á ser en ella varón perfecto, no es igual en grandeza al vivir y al obrar que tiene en sí, pero es del mismo metal y linaje. Y así aunque reposa en nuestra alma todo el Espíritu de Cristo desde el primer punto que nace en ella, no por eso obra luego en ella todo lo que es y lo que puede, sino primero como niño, y luego como más crecido, y después como valiente y perfecto. Y de la manera que nuestra alma en el cuerpo, desde luego que nace en él, nace toda, mas no hace luego que en él nace, prueba de sí totalmente, ni ejercita luego toda su eficacia y su vida; sino después y sucesivamente, así como se van jugando con el calor los órganos con que obra, y tomando firmeza hábil para servir al obrar: así es lo que decimos de Cristo, que aunque pone en nosotros todo su espíritu cuando nace, no ejercita luego en nosotros toda su vida; sino conforme á movidos de Él le seguimos, y nos apuramos de nosotros mismos, así Él va en su vivir continuamente subiendo. Y como cuando comienza á vivir en nuestra alma, se dice que nace en ella, así se dice que crece cuando vive más: y cuando llega á vivir allí, al estilo que vive en sí, entonces es lo perfecto. De arte que según aquesto tiene tres grados este nacimiento y crecimiento de Cristo en nosotros. El primero de niño, en que comprendemos la niñez y la mocedad, lo principiante y lo aprovechante que decir solemos. El segundo de más perfecto. El último de perfecto del todo. En el primero nace y vive en la más alta parte del alma. En el segundo en aquella, y en la que llamamos parte inferior. En el tercero en esto, y en todo el cuerpo del todo. Al primero podemos llamar estado de ley, por las razones que diremos luego. El segundo es estado de gracia. Y el tercero y último estado de gloria.

Y digamos de cada uno por sí, presuponiendo primero que en nuestra alma, como sabéis, hay dos partes. Una divina, que de su hechura y metal mira al cielo, y apetece cuanto de suyo es (si no la estorban, ó escurecen, ó llevan), lo que es razón y justicia: inmortal de su naturaleza, y muy hábil para

estar sin mudarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas. Otra de menos quilates, que mira á la tierra y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deudo y amistad: sujeta á las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos: que teme, que se acongoja, que codicia, que llora, que se engrie y ufana, y que finalmente por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias, y riñen, y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera; á las veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno y hace fuerza á la mejor; lo cual le es vicioso, así como le es natural el deleite, y el alegrarse, y el sentir en sí los demás afectos que la parte mayor le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob, y un Esaú concebidos juntos en un vientre, que entre sí pelean, como dirémos más largamente. Pues así dicho, decimos agora que cuando el alma aborrece su maldad y Cristo comienza á nacer en ella, pone su espíritu, como decíamos, en el medio y en el centro, que es en la sustancia del alma, y prende luego su virtud en la primera parte de ella; la parte que de estas dos que decíamos, es la más alta y la mejor. Y vive Cristo allí en el primer estado de este nacimiento, ejercitando en aquella parte su vida, esto es, alumbrándola, y enderezándola, y renovándola, y componiéndola, y dándole salud y fuerzas para que con valor ejercite su oficio. Mas á la otra parte menor, en este primer estado, el espíritu de Cristo que en lo alto del alma vive, no le desarraiga sus brios, porque aún no vive en aquesta parte baja: mas aunque no viva en ella como señor pacífico, dale ayo y maestro que gobierne aquella niñez, y el ayo es la parte mayor, en que él ya vive; ó él mismo, según que vive en ella, es el ayo de esta parte menor, que desde su lugar alto le da leyes por donde viva, y le hace que se conozca, y le va á la mano si se mueve contra lo que se le manda, y la riñe, y la aflige con amenazas y miedos, de donde resulta contradicción, y agonía, y servidumbre, y trabajo. Y Cristo que vive en nosotros, y desde el lugar donde vive, en este artículo se

há con esta menor parte como Moysén, que le da ley, y la amonesta, y la riñe, y la amenaza, y la enfrena: mas aún no la libra de su flaqueza, ni la sana de sus malos movimientos, por donde á este grado ó estado le llamamos de ley. En que como Moysén en el tiempo pasado gozaba de la habla de Dios, y en la cumbre del monte conversaba con él, y recibía su gracia, y era alumbrado de su lumbré, y descendía después al pueblo carnal é inquieto, y sujeto á diferentes deseos, y que estaba á la falda de la sierra, adonde no veía sino el temblor y las nubes, y descendiendo á él, le ponía leyes de parte de Dios, y le avisaba que pusiese á sus deseos freno, y él se los enfrenaba cuanto podía con temores y penas: así la parte más alta nuestra, luégo al principio que Cristo en ella nace, santificada por Él, y viviendo por su espíritu, como subida en el monte con Dios, al pueblo que está en la falda, esto es, á la parte interior, que por los muchos movimientos de apetitos y pasiones diferentes que bullen en ella, es una muchedumbre de pueblo bullicioso y carnal é inclinado á hacer lo peor, lo escribe leyes y le enseña lo que le conviene hacer ó huir, y le gobierna las riendas, á veces alargándolas, y á veces recogéndolas hácia sí, y finalmente la hinche de temor y de amenazas.

Y como contra Moysén se rebeló por diferentes veces el pueblo, y como siempre con dificultad puso al yugo su mal domada cerviz, de donde nacieron contradicciones en ellos, y alborotos, y ejemplos de señalados castigos: así esta parte baja, en el estado que digo, oye mal muchas veces las amonestaciones de su hermana mayor, en que ya Cristo vive, y luchan las dos á veces, y despiertan entre sí crueles peleas. Mas como Moysén para llevar aquella gente al asiento de su descanso, les persuadió primero que saliesen de Egipto, y los metió en la soledad del desierto, y los guió haciendo vueltas por él por largo espacio de tiempo; y con quitarles el regalo y el amparo de los hombres, y darles el amparo de Dios en la nube, en la columna de fuego, en el maná que les llovían los cielos, y en el agua que les manaba la piedra, los iba levantando hácia Dios, hasta que al fin pasaron con Josué, su capitán, el Jordán, y limpiaron de enemigos la tierra y reposaron en ella, hasta que vino últimamenté Cristo á nacer en su carne: así su Espíri-

tu, que ha nacido ya en lo que es principal en el alma, para reducir á su obediencia la parte que resta, que tiene las condiciones, y flaquezas, y carnalidades que he dicho, desde la razón donde vive, como otro Moysén, induciéndola á que se despida de los regalos de Egipto, y lavándola con las tribulaciones, y destetándola poco á poco de sus toscos consuelos, y quitándole de los ojos cada dia más las cosas que ama, y haciéndola á que ame la pobreza y la desnudez del desierto, y dándole allí su maná, y pasando á cuchillo á muchas de sus enemigas pasiones, y acostubrándola al descanso y reposo santo, va creciendo en ella, y aprovechando, y mitigando sus brios, y haciéndola cada dia más hábil para poner su vida en su carne, y al fin la pone, y como si dijésemos, se encarna en ella, y la hinche de sí, como hizo á la mayor y primera. Y no le quita lo que le es natural, como son los sentimientos medidos, y el poder padecer y morir; sino desarraigale lo vicioso, si no del todo, á lo menos cási del todo.

Y este es el grado segundo que dijimos, en el cual el Espíritu de Cristo vive en las dos partes del alma: en la primera, que es la celestial, santificándola, ó si lo habemos de decir así, haciéndola como Dios; y en la segunda, que mira á la carne, apurándola, y mortificándola de lo carnal y vicioso. Y en vez de la muerte que ella solía dar con su vicio al espíritu, Cristo agora pone en ella á cuchillo cási todo lo que es contumaz y rebelde. Y como se hubo con sus discípulos cuando anduvo con ellos, que los conversó primero, y dado que los conversaba, duraban en ellos los afectos de carne, de que los corregía poco á poco por diferentes maneras, con palabras, con ejemplos, con dolores y penas; y finalmente después de su resurrección, teniéndolos ya conformes, y humildes, y juntos en Jerusalém, envió sobre ellos en abundancia su Espíritu, con que los hizo perfectos y santos: así cuando en nosotros nace, trata primero con la razón y fortificala para que no la venza el sentido; y procediendo después por sus pasos contados, *derrama su espíritu*, como dice Joel (Joel, cap. II, v. 28), *sobre toda la carne*, con que se rinde y se sujeta al espíritu. Y cúmplase entonces lo que en la oración (Matth. cap. VI, v. 9) le pedimos, que se haga su voluntad, así como en el cielo, en la tierra: porque manda entonces Dios en el cielo del alma, y

en lo terreno de ella es obedecido casi ni más ni ménos. Y baña el corazón de sí mismo, y hace ya Cristo en toda el alma oficio enteramente de Cristo, que es oficio de ungir; porque la unge desde la cabeza á los piés, y la beatifica en cierta manera. Porque aunque no le comunica su vista, comunícale mucho de la vida que le ha de durar para siempre, y sostiénela ya con el vivir de su espíritu, con que ha de ser después sostenida sin fin. Y este es el mantenimiento, y el pan que por consejo suyo pedimos á Dios cada día, cuando decimos (Luca, cap. xi, v. 3) *y nuestro pan*, como si dijésemos, él de después, que eso quiere decir la palabra del original griego *eniozion, dánoslo hoy*: esto es, aquel pan nuestro, nuestro porque nos lo promete; nuestro, porque sin él no se vive; nuestro, porque sólo él hinche nuestro deseo: así que este pan y esta vida que prometida nos tienes, acorta los plazos, Señor, y dánosla ya, y viva ya tu HIJO en nosotros del todo, dándonos entera vida, porque él es el pan de la vida.

De manera que cuando viene á este estado el nacimiento de Cristo en nosotros, y cuando su vida en mí ha subido á este punto, entonces Cristo es lisamente en nosotros el Mesías prometido de Dios por la razón sobredicha. Y el estado es de gracia, porque la gracia baña á casi toda el alma; y no es estado de ley, ni de servidumbre, ni de temor, porque todo lo que se manda se hace con gusto. Porque en la parte que solía ser rebelde y que tenía necesidad de miedo y de freno, vive ya Cristo, que la tiene cuasi pura de su rebeldía. Y es estado de Evangelio, porque el nacer y vivir Cristo en ambas las partes del alma, y la santificación de toda ella con muerte de lo que era en ella vejez, es el efecto de la buena nueva del Evangelio, y el reino de los cielos que en él se predica, y la obra propia y señalada, y que reservó para sí solo el HIJO de Dios, y el Mesías que la ley prometía. Como Zacarías en su cántico dice (Luc., cap. i, vv. 73, 75): *Juramento que juró á Abrahám nuestro padre, de darse á nosotros. Para que librándonos de nuestros enemigos, le sirvamos sin miedo, le sirvamos en santidad y justicia, y en su presencia la vida toda*. Y es estado de gozo, por cuanto reina en toda el alma el espíritu, y así hace en ella sin impedimento sus frutos, que son, como San Pablo dice (Ad Galat., cap. v, v. 22), *caridad, y gozo, y paz, y pa-*

*ciencia, y larga espera en los males*. Por donde en persona de los de este grado, dice el profeta Isaiás (Isai., cap. lxi, v. 10): *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijaráse mi alma en el Dios mio, porque me vistió vestiduras de salud, y me cercó con vestidura de justicia. Como á esposo me hermoseó con corona, y como á esposa adornada con sus joyeles*.

Y también en cierta manera es estado de libertad y de reino, porque es el que deseaba San Pablo á los Colosenses en el lugar donde escribe (Ad Colos., cap. iii, v. 15): *Y la paz de Dios alce bandera, y lleve la corona en vuestros corazones*. Porque en el primer grado estaba la gracia y paz de Dios, como quien residía en frontera, y vecina á los enemigos encerrada, y recatada, y solicita: mas agora ya se espacia, y se alegra, y se extiende como señora ya del campo. Y ni más ni menos es estado de muerte y de vida, porque la vida que Cristo vive en los que llegan aquí, da vida á lo alto del alma, y da muerte y degüella á casi todos los afectos y pasiones malas del cuerpo. De que dice el Apóstol (Ad Rom., cap. viii, v. 10): *Si Cristo está en vosotros, vuestro cuerpo sin duda ha muerto, cuanto al pecado: mas el espíritu vive por virtud de la justicia*. Y finalmente es estado de amor y de paz, porque se hermanan en él las dos partes del alma que decimos, y el sentido ama servir á la razón, y Jacob y Esaú se hacen amigos, que fueron imágen de esto, como ántes decía. Porque Sabino, como sabéis, Rebéca, mujer de Isaac (Genes., cap. xxv, v. 22), concibió de un vientre á estos dos hijos, que ántes que naciesen, peleaban entre sí mismos: por donde ella afligida consultó el caso con Dios, que le respondió que tenía en su vientre dos linajes de gentes contrarias, que pelearían siempre entre sí, y que el menor en salir á luz vencería al que primero naciese. Llegado el tiempo, nació primero un niño bermejo y velloso, y después de él, y asido de su pié de él, nació luego otro de diferente cualidad del primero. Este postrero fué llamado Jacob, y el primero Esaú. Su inclinación fué diferente, así como su figura lo era. Esaú aficionado á la caza y al campo, Jacob á vivir en su casa. En ella compró un día por cierto caso á su hermano el derecho del mayorazgo, que se le vendió por comer. Poco después con artificio le ganó la bendición de su padre, que creyó que bendecía al mayor. Que-